

IDEAS Y CREENCIAS EN LA ESPAÑA CONTEMPORANEA

POR

ALFREDO SÁNCHEZ BELLA

Es este un tema capital, del que se ha escrito mucho y casi todo está por decir. Característica muy singular de los españoles postconciliares han sido la confusión, la profunda divergencia de criterios en múltiples cuestiones, incluso en algunos temas esenciales. Desde la unidad de la patria en adelante. Y una actitud contestataria frente a la jerarquía eclesiástica, que en no pocas ocasiones supera el límite de lo razonable. Pero es así. Se le acusa de oportunismo, de falta de coherencia, de deslealtad, de escaso nivel intelectual. Y esto le ha hecho perder respeto y autoridad moral.

Frente a esas divergencias de criterio y de actitud, es natural que los eclesiásticos extremen la cautela e incluso en no pocas ocasiones se inhiban de tomar posiciones, dejando a los católicos perplejos, confundidos, cuando no desconcertados. Esto les lleva también a la inhibición, al «pasotismo», a la marginación de cualquier acción en cuestiones fundamentales.

No fue así la actitud tradicional de los españoles, que siempre se caracterizaron por adoptar posiciones comprometidas. Desde Trento a casi nuestros días. Tal vez como consecuencia de ello la acción de los «no creyentes» fue idéntica, en sentido inverso. La célebre frase de que en España las gentes han ido siempre tras la Iglesia, «con un cirio o con un palo», durante el último siglo y medio ha sido una gran verdad.

En tiempos más cercanos, las actitudes también han sido diversas. Los militantes de los movimientos apostólicos practica-

ron fielmente la doctrina que les había sido impartida: debían actuar en la vida pública pero «fuera y por encima de los partidos políticos».

Grande era la ingenuidad de los que se empeñaban en aplicar tan aséptica recomendación. Porque frente a la actitud abiertamente beligerante de las fuerzas agnósticas, era absolutamente imposible que esa prudente recomendación, tan adecuada para épocas tranquilas y bonancibles, pudiera cumplirse en períodos históricos conturbados, como fueron los republicanos.

Pese al acatamiento «oficial» por la Iglesia de los poderes constituidos, la abierta posición anticlerical de la inmensa mayoría de los nuevos dirigentes políticos dieron paso a una serie de acontecimientos que enrarecieron la atmósfera en forma irreversible:

Desconocimiento de los derechos de la Iglesia, legislación precipitada para instaurar la «escuela única, laica, neutra y obligatoria», sometimiento y control de todas las asociaciones eclesíásticas, prohibición para ejercer la función docente, disolución de la Compañía de Jesús, expulsión de sus miembros y cierre de sus centros, que quedaron expropiados, eliminación del crucifijo en las escuelas...

Y casi simultáneamente, como si se quisiera acentuar la presión y aplastar cualquier reacción del mundo civil, quema de iglesias y conventos, expulsión del obispo de Vitoria, seguida del cardenal de Toledo... No había tentación desmedida que pareciera insuficiente... El anticlericalismo llegó a ser considerado como un dogma.

La Iglesia era considerada por los republicanos como «enemigo público», por su alianza secular con la Corona. Iglesia y Ejército eran los dos antagonistas sociales que había que destruir para asegurar la estabilidad del nuevo régimen.

Los partidos políticos eran, sobre todo, «anti» —anticlericales, antimilitaristas, antiaristocráticos, antiburgueses—. ¿A quién puede extrañar que, ante aquel ataque tan implacable como coordinado, hubieran de hacer «a posteriori» causa común? Aunque no fuera más que por mero espíritu de supervivencia.

Fue el radicalismo político de izquierdas —y no al revés—, cuya manifestación cumbre fue la sublevación de Asturias en 1934, la que impuso la salida obligada al enfrentamiento militar y al martirologio de la Iglesia, que también en los gravísimos sucesos asturianos habían tenido concreto antecedente.

Como inteligentemente señala María Dolores Gómez Molle-da en un interesante libro de reciente aparición, «la cuestión religiosa cuarteó desde dentro a las minorías parlamentarias, enfrentó a sus líderes y a los grupos políticos... más de lo que comúnmente se ha pensado». Marcelino Domingo había sido más preciso cuando señaló que en la discusión del artículo 26 de la Constitución prevaleció el criterio de los socialistas y radical-socialistas, hasta el punto de que «la Iglesia había tenido la fortuna de unir a los antirrepublicanos y separar a los republicanos». No fue la Iglesia, sino el sectarismo anticlerical el que produjo tan sorprendente mutación, origen y causa preponderante de la acción posterior. De ahí que —contrariamente a la que generalmente suele decirse—, la guerra española no tuvo su origen en la lucha de clases, sino en el enfrentamiento ideológico, sobre todo en cuestiones religiosas.

Los católicos —salvo contadas excepciones— estuvieron forzosamente en uno de los bandos porque no les dieron opción. Obligadamente. Y es muy cierto que, en grandísima parte, para ellos la guerra civil fue una «Cruzada de liberación», en donde no pocos dieron su vida, más que por sus ideas políticas, por la defensa de su fe. Sin partidismos ni posiciones temporalistas de ningún orden.

Llegada la paz, se ofrecían nuevamente dos caminos muy claros a seguir: la inhibición en cuestiones temporales, permitiendo la consolidación de un Estado aconfesional o la colaboración para asegurar la instauración del Derecho público cristiano.

La Iglesia fue muy clara en su determinación: había que optar por la segunda de las soluciones. Creemos que esta decisión del cardenal Gomá tuvo importancia trascendental para la historia de España.

Humanamente hablando, había sido tan grande el quebranto

sufrido durante la guerra, tanto en bienes materiales como en vidas, que por su solo esfuerzo, sin la ayuda decidida del Estado, la Iglesia no hubiera podido recuperarse en menos de un siglo.

Sin embargo, gracias a los inmensos apoyos materiales recibidos y al exaltado clima espiritual creado durante la contienda, las instituciones eclesiásticas alcanzaron notable vigor, hasta el punto de poder permitirse el lujo de traspasar vocaciones hacia las empresas misioneras de Ultramar en cuantía y calidad no inferiores a las de cualquier otra época tenida por áurea.

No se ha hecho justicia a este período, aún por estudiar. Se ha preferido incidir en sus aspectos negativos. Pero fueron más, muchos más y de muy subidos quilates, los positivos. Su recuperación y florecimiento, manifestado en la sobreabundancia de vocaciones y en su espíritu misionero, constituyen uno de sus más altos tímbrs de gloria.

Que el esfuerzo material de tener que volver a levantar los templos destruidos, los seminarios, las casas de ejercicios, que el apostólico afán proselista y la ambición de estar presentes en todos los multiformes aspectos de la vida civil les impidió practicar una exigente acción intelectual, es evidente. Que tal vez en este campo no hubo auténtico espíritu autocrítico, puede ser parcialmente cierto. Pero el fervor pastoral misional, después de las ruinas y dolores de la guerra, produjo un temple en el cuerpo social de tal vigor y consistencia que permitió e hizo posible la reconquista de la propia identidad nacional que, por múltiples causas, en las décadas de los 30 y los 40, parecía estaba ahogada, desdibujada, como desvanecida... En el discurso en el Ateneo, con ocasión de su primer retorno, Ortega —fino analista siempre— registró este hecho singular: España parecía disfrutar de una salud escandalosa, tenía temple vital, estaba en forma. Y sólo la fe, en sí misma y en lo trascendente podía haber hecho tal milagro, cuando en lo material de todo carecíamos.

Los vientos del Concilio nos cogió desprevenidos. No entendíamos nada. Vistas las cosas desde Roma, todo era diferente a como había sido imaginado desde España.

El Mundo no quería Cruzadas, sino coexistencia con el ad-

versario, paz a cualquier precio. «Prefiero ser rojo que muerto», ha sido la frase que mejor refleja la exacta posición de las nuevas generaciones. Y en el bipolarismo establecido por los dos materialismos vigentes —aunque sean de muy diferente calidad, porque uno de ellos deja amplio margen a la libertad— la Iglesia católica debía aceptar el hecho objetivo de que, en ambos espacios históricos, estaba en minoría. Aceptando ese hecho debía intentar establecer un consenso y llegar a pactar la convivencia con todas las fuerzas sociales. Ello imponía una estrategia y una táctica radicalmente diferente a la que tradicionalmente, durante siglos, había sido defendida en la Europa cristiana. Y eso era lo que fundamentalmente pretendían ser algunas directrices conciliares, que podían tener diferente interpretación para cada una de las realidades sociales que pretendía contemplar. Y que, de hecho, como doctrina la tenían, aunque una interesada propaganda se empeñara insistentemente en decir lo contrario.

Equivocadas directrices vaticanas se avinieron a seguir la tendencia, cuando lo prudente hubiera sido la «no injerencia» en las características propias de cada cultura y de cada país, el respeto a la propia identidad, de acuerdo con las especiales características históricas de los pueblos, sin menoscabo de los principios generales. No se hizo así y el daño causado al mundo hispánico tardará decenios en curarse...

La Iglesia española, en ese instante, vaciló. Y se planteó el sentido de su propia misión. Pletórica como estaba de vocaciones, de afán misionero, de pasión proselitista, de pronto sintió complejo de inferioridad y no acertó a crear la dialéctica apropiada y el rigor intelectual para resistir y enfrentarse a una inesperada situación. No supo defender la singularidad de su postura, ni hacerla valer. No estaba preparada para esa difícil contingencia.

Para corregir tan grave deficiencia no había que desvalorizar ni echar por tierra virtudes positivas, que habían sido característica fundamental de su singularidad a lo largo de la Historia. Su vitalista modo de ser, ansioso de encarnarse en obras, tenía que ser notablemente diferente al del intelectualizado catolicismo

francés, resignado y hasta satisfecho de vivir reducido a minorías selectas, en medio de un pueblo profundamente descristianizado por la incesante acción anticlerical llevada a cabo durante más de siglo y medio, condenado a vivir como en catacumbas, cuando el español se había vuelto a atrever a erigir grandes seminarios capaces de intentar evangelizar al mundo surgido de la postguerra mundial.

Mientras los católicos de Occidente pactaban para sobrevivir una situación subordinada, de marginación en la sociedad civil, sólo dos pueblos seguían ofreciendo intrépidamente el testimonio de su propia singularidad, troquelada en el duro yunque de los siglos: España y Polonia.

En medio de un clima de sectaria devaluación laicista de los valores religiosos, España y Polonia seguían defendiendo su propia identidad, incluso con el peligro de ser consideradas como «el mal ejemplo». Hubo, pues, que plantearse en Roma el problema de si, al servicio de la paz y la convivencia, no sería conveniente sacrificar esas patentes muestras de escándalo, de supervivencia de fórmulas periclitadas y, ya definitivamente, superadas en nuestro tiempo. Incluso llegó a pensarse que ello significaría hacer a ambos pueblos «un buen servicio».

Porque Polonia, aun doblegándose, no cedió en lo sustancial y no pactó con el poder soviético, como insistentemente se le sugirió desde Roma, tiene ahora un Pontífice felizmente reinante. Logró un *status* especial porque, frente a toda clase de presiones, supo mantenerse unida. Mientras que la Iglesia española, vacilante, sin conciencia de lo que se jugaba, prefirió estimular la creación de un Estado «abierto, pluralista y aconfesional», que está abriendo paso a otro modelo de sociedad.

Tenía razón Alfonso Guerra cuando decía que el gobierno socialista actuaría en tal forma que, en pocos años, a España no la conocería «ni la madre que la parió».

Así está siendo, aunque bobaliconamente mentes frívolas sigan calificando el Gobierno actual como «de derechas». Los que tal cosa opinan confunden el fondo con la forma, la existencia con la esencia.

La agresión que están sufriendo: la sociedad, a través de los medios de comunicación social; la familia, con leyes sobre divorcio, aborto y escuela laica generalizada; la legislación permisiva, la discriminación social entre trabajadores en activo y en paro, la falta de oportunidades para una juventud sin horizonte, son cuestiones vitales cuya gravedad, a medida que el tiempo pasa, se irá acentuando. Y no existe conciencia clara de cómo reaccionar, porque no se tiene clara conciencia de la gravedad del mal, ni de las posiciones que habría que tomar para atajarlo.

La Iglesia, para liberarse del excesivo temporalismo del que fue acusada por su actuación en el período anterior, pasó al extremo opuesto y se inhibió. Con lo cual dejó a los católicos sin guía ni norte. Al páiro. Sin saber qué hacer. Ni cómo actuar.

No fue siempre así. En el instante clave de la transición, desde el púlpito de los Jerónimos se impuso coercitivamente la salida hacia un tipo de Estado que ni había sido nunca el español, ni era conveniente para los intereses de la Iglesia, ni para la salud del pueblo español. Pero se hizo así. Y esto fue determinante. Y el daño causado, incalculable.

Un atento historiador de este período, Ricardo de la Cierva, lo señaló magistralmente en fecha reciente:

«Sumida en su obsesión política, dividida por una hondísima crisis interna, que muchas veces era crisis de identidad, afectada por un brutal drenaje de deserciones personales y pérdidas de fe en clero, religiosos y fieles, la Iglesia taranconiana cayó, apenas sin lucha, en todas las trampas de la secularización, y buscó desesperadamente, durante la etapa final del franquismo, el despegue del franquismo. Renunció a casi todo: a su historia reciente, a sus mártires, a su seguridad doctrinal, a su función religiosa en beneficio de sus complejos y sus obsesiones políticas. Naturalmente que esto sucedía en los sectores visibles de la Iglesia, dentro de la cual seguían alentando poderosas corrientes de vida cristiana, de sacrificio personal heroico, de fidelidad a la propia vocación y a la propia misión. Pero para un observador político e histórico la imagen es, desgraciadamente, la que acabamos de resumir en estos breves y trágicos trazos. La descristianización

de la sociedad española había empezado bastante antes de que el PSOE se dedicara sistemáticamente a ella desde su victoria de 1982».

La actitud del cardenal Tarancón pudo estar justificada en aquel delicado instante de la transición, por múltiples causas en las que ahora no voy a entrar, pero ya no puede seguir siéndolo en el momento actual. Desde tiempo inmemorial fue la Iglesia quien fijó las normas éticas y morales de la sociedad española. Otros pueblos actuaron en forma diferente porque fueron otras las instancias rectoras, pero en la nuestra esa fue la norma.

Actuando de esa forma la institución clave, nadie opuso resistencia al vendaval del cambio y todas las instituciones se fueron desmoronando sin ofrecer resistencia.

Sólo ahora, quince años después, empieza a dar señales de existencia. Bienvenido sea ese nuevo viento de firmeza, que tan beneficioso puede ser para la salud moral de nuestro pueblo.

Las orientaciones del Pontífice son muy claras: frente a la proclamada inhibición y el «desempeño», para evitar problemas, el *compromiso*. No agrupados bajo una sola bandera, pues el pluralismo en cuestiones temporales es legítimo, pero sí en actitud *convergente* en defensa de las cuestiones esenciales, en las que no pueden haber divergencias. Aunque no revueltos, unidos, coordinados en un solo frente. No ya por más tiempo inhibidos en cuestiones temporales, sino —al contrario— participando activamente. Cada uno actuando desde el plano que le corresponda, pero en los temas que le conciernen ocupando las posiciones de vanguardia quien siempre debió estar.

Tal parecería ser la estrategia de actuación en el momento presente. Pero para ello es necesario que la jerarquía eclesiástica se sienta más segura vitalmente en su misiva temporal, menos pragmática, más creyente, en suma, del poder omnipotente de Dios.

Porque más que de ideas, es de creencias de lo que hoy carecemos. Y sin creencias no se puede caminar. Ningún pueblo —y menos el nuestro— podría marchar hacia adelante.